

**Los conceptos de literatura infantil y juvenil,
su periodización y canon como problemas
de la literatura colombiana**
**Concepts of children and youth literatures, their periodization
and canon issues in Colombian literature**

*Mirian Borja Orozco**
*Arturo Alonso Galeano***
*Yury Ferrer Franco****

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Recibido: 1 de septiembre de 2010. Aprobado: 2 de octubre de 2010 (Eds.)

Resumen: Se abordan tres aspectos de la literatura infantil y juvenil colombiana: (1) el concepto de literatura infantil como expresión auténtica de la sociedad, como mediación formativa y obra que circula en ámbitos comunicativos reales, y como íter y multidisciplina que se construye desde la lectura, desde los procesos ideológicos, discursivos y receptivos; (2) los problemas de su periodización frente a la idea de sucesión temporal y espacial de autores y obras, desde la consideración de literatura como *forma cultural*; y (3) el lugar que ha tenido en la constitución de un canon de la literatura colombiana, ligado a las concepciones de infancias y juventudes que se han consolidado en el país desde el ámbito de las ciencias sociales y humanas y los estudios culturales.

-
- * Mirian Borja Orozco. Doctora en Literatura y Comunicación (U. de Sevilla-España), Magíster en Literatura (U. Javeriana), Docente de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Directora del grupo de investigación Literatura, Educación y Comunicación (U. Distrital). (miglidis@hotmail.com / mborja@udistrital.edu.co).
- ** Arturo Alonso Galeano. Literato de la Universidad Nacional de Colombia (1994) y Magíster en Educación de la Universidad Externado de Colombia (2006). Escritor e investigador en las áreas de Lenguaje, Literatura y Educación, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Miembro del grupo de investigación Literatura, Educación y Comunicación (U. Distrital). (harthur400@yahoo.com / harthur40@hotmail.com).
- *** Yury Ferrer Franco. Magíster en Literatura (U. Javeriana) y doctorando en Cultura y Educación en América Latina (U. de Artes y Ciencias Sociales de Chile), Docente de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Facultad de Ciencias y Educación. Miembro del grupo de investigación Literatura, Educación y Comunicación (U. Distrital). (yuryferrerfranco@hotmail.com / ferrer_franco@yahoo.com).

Descriptores: Estudios literarios; Material historiográfico; Literatura del siglo XX; Literatura infantil y juvenil.

Abstract: three aspects of Colombian children and youth literature are approached in this article: (1) the concept of children literature as an authentic expression of society, and also as a work of formative mediation which circulates in real communicative spheres, and as inter and multidiscipline that is built through reading, from the receptive discursive and ideological processes; (2) the problems of periodization faced by the idea of temporal and spatial series of authors and works departing from the consideration of literature as *cultural form*; and (3) the place that these literary expressions have had in the constitution of the canon of Colombian Literature, linked to the conceptions of children and youth literatures in Colombian social and human sciences and cultural studies.

Key words: Literary studies; Historiographical material; 20th c. Colombian literature; Children and youth literature.

Sobre los conceptos de literatura infantil y juvenil

Para abordar el concepto de literatura infantil, en esta reflexión, es necesario hacer una breve contextualización del concepto de literatura, en general, y recordar algunos asuntos mínimos, propios del fenómeno literario, que determinan su tratamiento y su ubicación en nuestra cultura académica.¹

Es preciso reconocer que la literatura es un entrecruzamiento de múltiples elementos, que ejercen fuertes presiones en la valoración de las obras, de su circulación, de su poder en la construcción de imaginarios, de la influencia en la formación de los sujetos.

En todo caso –y como punto de partida en esta reflexión– habría que afirmar que la literatura, cualesquiera sean sus orígenes y particularidades, ha sido, es y será siempre una forma de representar la realidad, en la que se mezclan *hechos o acontecimientos reales con hechos o fantasías imaginarias*. La teoría la ha denominado “ficción” y por ella se diferenciado –por lo menos antiguamente– a la literatura de cualquier otra de las actividades fundamentales del ser humano como son la filosofía, la ciencia y la historia.

¹ Para este contexto, se parte de un trabajo anterior: ALONSO GALEANO, Arturo (2008). Lenguaje, literatura y escuela. Una aproximación desde la investigación. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas; Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico, CIDC.

La literatura es imaginación, es lenguaje elaborado –diferente al lenguaje cotidiano aunque no opuesto rigurosamente–, es forma, es contenido, ideas, crítica del mundo; es un entramado de elementos que constituyen su carácter ficticio, a partir del cual se aproxima a los individuos y las comunidades y sus configuraciones de universos. Ahora bien, reconocer lo ficticio de la literatura significa saber que ella constituye una “verdad psicológica y estética”, pero a su vez una “mentira histórica” –como lo afirma Mario Vargas Llosa (1986)– porque ella crea mundos posibles, paralelos al mundo cotidiano, y no por ello menos ciertos.

El mexicano Alfonso Reyes (1983) la definió como una “Verdad sospechosa”. Para Reyes, el objeto fundamental de la literatura es la comunicación de la experiencia pura del ser humano, ya que ella consigue, mediante la articulación de diferentes elementos expresivos, decir lo que el lenguaje en sí mismo no puede; aquello que constituye una lucha del lenguaje con el lenguaje mismo en medio de la cual se construye un lenguaje dentro del lenguaje.

Jan Mukarovsky (2000), desde la disciplina lingüística, afirmaba que la literatura es, como todas las artes, un “hecho signico”, autónomo y comunicativo. Las obras artísticas, según él, actúan como signos de la cultura que expresan valor y estructura a la vez y que, como todo signo, contienen su propio significante y su significado que les permite convertirse en herramienta para la comunicación humana.

El colombiano Alfonso Cárdenas Páez (2004), hace un interesante abordaje de las diferentes concepciones sobre literatura, desde el ámbito de la pedagogía. Según él, algunas de las principales son: literatura como “arte, expresión sublime y sentimental, creación simbólica, espiritual; poesía, evasión, lenguaje ambiguo, imaginación e intuición, sensibilidad y trascendencia, mundo creado, asombro, magia, misterio, juego, representación de mundo”.

Como un asunto indiscutible, habría que reconocer que la literatura es una entidad que se ha constituido en expresión auténtica y real de las diversas sociedades y que tiene su propia estructuración y su propia manera de circular en el mundo, motivando constantemente al ser humano a la reflexión y reelaboración de su propio sentido histórico. Sin embargo, la literatura ha dejado de ser una entidad cerrada en sí misma y su definición y valoración son abordadas, hoy, desde el amplio y complejo problema de la lectura y desde los procesos ideológicos, los ámbitos de su recepción, los

poderes discursivos que evidencian una constante fluctuación y revaloración de los textos, dependiendo de los contextos en los que ellos circulan.

Por lo anterior, puede afirmarse que lo que “canónicamente” se ha venido concibiendo como literatura hoy se enfrenta a diversas alternativas, en las que se posicionan otros factores que complejizan la valoración del fenómeno literario. De esta manera, y como lo ha sugerido el profesor y crítico literario Cristo Rafael Figueroa (2001), es necesario repensar la historia literaria; así como es preciso desbordar todas las posibles periodizaciones y definiciones estrechas y simplificantes de lo literario.

Considerar la literatura desde la lectura de textos en contextos sociales e ideológicos implica, entonces –según Figueroa– concebirla como inter y multidisciplinaria; como polifonía y diálogo de múltiples voces (Bajtín); como deconstrucción discursiva (Derrida); como placer y goce (Barthes); como versión y no como simple ficción de la historia (White); como síntesis del inconciente colectivo y subjetivo del hombre (Lacan); como práctica social (Halliday); y como obra abierta, en constante evolución (Eco).

El “descentramiento” del concepto de literatura hace, entonces, que los estudios literarios tiendan a volverse estudios culturales y que tengan sus puntos de partida en la emergencia de nuevos géneros y expresiones, en hibridaciones, en reformulaciones de poéticas y sentidos creativos; en el rescate de escrituras y expresiones marginales, de imaginarios urbanos (Armando Silva); en la consideración de multitemporalidades (García Canclini), de etnoliteraturas (Hugo Niño), de cartografías literarias (Carlos Rincón); de transculturaciones narrativas (Ángel Rama), y de comarcas orales (Carlos Pacheco), entre otros asuntos (Figueroa, 2001).

Es en este contexto interdisciplinar y problemático en el que se requiere pensar el estudio de ese campo que se ha dado en llamar ‘literatura infantil’.

Los problemas de la ‘literatura infantil’

Si el concepto *literatura* es, en sí mismo, problemático, el de *literatura infantil* lo es aún más. De acuerdo con José María Valverde (citado por Cervera, 1991) “la obra literaria no la escribe sólo el autor, sino toda su tradición, anterior y posterior, junto con todo su pueblo, su sistema cultural, su economía y hasta su poder militar”, lo que hace pensar que la literatura es una síntesis cultural de la experiencia de los pueblos.

Calificar como literatura infantil exclusivamente “la obra artística destinada a un público infantil” (Marissa Bortolussi, citada por J. Cervera, 1991) –definición que ha hecho larga carrera tanto en lectores como en escritores de todas las edades– resulta hoy demasiado problemático, ya que hace a un lado la dinámica socio-cultural en la que se inscribe y sin la cual el asunto consistiría simplemente en la distribución de libros que se compran y se venden, y cuyos “consumidores” finales –se supone– son los niños. Al contrario, y como una forma de confrontar, ampliar y criticar tal definición simple, se debería valorar inicialmente –según la visión de Juan Cervera– como literatura infantil todas aquellas manifestaciones y actividades que tienen como base la palabra con finalidad artística o lúdica, y que interesen al niño, o toda producción que tiene como vehículo la palabra con un interés creativo y, de la misma manera, como destinatario a los niños.

Desde luego, es problemático hablar de literatura infantil si no se pasa, inicialmente, por la reflexión sobre el sujeto niño y por la evolución del concepto de infancia en occidente. Aquí habría que tener en cuenta que, cuando hablamos de infancia, nos remitimos a un concepto fundamentalmente moderno y que, por tanto, aquellas cosas que antes de la modernidad se ligaban a lo “infantil” –por ejemplo, la literatura– posiblemente no tenían en cuenta a ese sujeto con derechos y autonomía que hoy concebimos y pensamos sistemáticamente.

Beatriz Helena Robledo (2004), estudiosa de la literatura infantil en Colombia, en un reciente artículo titulado *El niño en la literatura infantil colombiana* destaca, citando a Philip Ariès, que antes del siglo xvii no se distinguían las edades, y el término “niño” se aplicaba hasta los 18 años, indistintamente. La autora plantea que:

Esta conquista del niño ha sido paulatina y sólo hasta principios del siglo xx, con los aportes de la psicología cognitiva y del psicoanálisis, con los conceptos del desarrollo evolutivo, con la mirada hacia la infancia para descubrir los orígenes de los complejos y los caracteres, con la plenitud de la conciencia histórica del hombre, es que la noción de niño llega a configurarse con un estatuto digno de ser mirado y estudiado desde todas las disciplinas (Robledo, 2004, 637).

En esta óptica, la mayoría de autores que recientemente se han detenido a estudiar el asunto de la literatura infantil han construido sus miradas a

partir de este reconocimiento y, por tanto, presentan aproximaciones críticas sobre el asunto. Veamos algunas de ellas:

Juan Cervera, ensayista y escritor español, concibe al niño no como un simple destinatario pasivo, sino como un protagonista activo en el interior de la literatura, como lector, lo cual evidencia sus estrechos vínculos con la cultura. Sostiene que “No se trata ahora por tanto de aproximar al niño a la literatura, bien cultural, preexistente y ajeno a él, sino proporcionarle una literatura, la infantil, cuyo objetivo específico sea ayudarlo a encontrar respuestas a sus necesidades” (Cervera, 1991,14).

Por su parte, Teresa Colomer (1999), importante investigadora, también española, ratifica la importancia de la literatura en el proceso de construcción del sujeto, como elemento fundamental de la sociedad, y afirma que lo primero que debe hacerse es pensar para qué sirve la literatura infantil y, de acuerdo con esta pregunta, establece que ella cumple tres funciones principales:

[...] iniciar el acceso a la representación de la realidad ofrecida a través de la literatura y compartida por una sociedad determinada (1); desarrollar el aprendizaje de las formas narrativas, poéticas y dramáticas a través de las que se vehicula el discurso literario (2); y ofrecer una representación articulada del mundo que sirve como instrumento de socialización de las nuevas generaciones (3) (Colomer, 1999, 15).

Nótese que esta aproximación supone asumir al niño como lector, como sujeto importante y válido en la comunicación.

A propósito del tema, la escritora argentina Graciela Montes (1999) plantea que, tradicionalmente, en la literatura llamada infantil se ha partido de una situación comunicativa desigual ya que se ha pretendido –sobre todo en los ámbitos educativos– que son los adultos quienes saben de las conveniencias y necesidades de los niños en términos de imaginación y, por tanto, ellos han sido los que han determinado el tipo de literatura que los niños deben leer. Esto se ha evidenciado, especialmente, en la forma como los adultos han dosificado la realidad y la fantasía que se les debe entregar y, por ello, se han convertido en los principales censores de su imaginación, controlándoles su relación con las obras literarias.

En la década del setenta el poeta cubano Eliseo Diego afirmaba que: “Un breve cambio de preposición expresaría la esencia misma del problema: la literatura para niños debe aspirar a convertirse en literatura de

los niños. Escribir para ellos es una intención meritoria pero lo difícil es que la hagan suya” (Mayorga, 1985,3). Estas palabras evidencian un interesante y definitivo cambio de actitud, primero, frente a la imagen de la infancia con respecto a la literatura; segundo, frente al sujeto niño, pues se reconoce en él un tipo de lector particular y; tercero, frente al campo de conocimiento que presupone una literatura específica en el ámbito cultural de una comunidad determinada. Quizá por esto último, hoy se habla –al parecer indistintamente– de literatura infantil, de literatura para niños, de literatura de los niños, y de literatura juvenil.

Ángelo Nobile (1992), desde una óptica más actual en la que inscribe la literatura infantil en el amplio dominio de los lenguajes mediáticos y las nuevas formas de comunicación, reflexiona, retomando autores de la tradición italiana, sobre lo que ellos consideraban “literatura concebida y adecuada para sujetos en edad evolutiva”. Nobile mantiene el debate estético literario y psicopedagógico en el que han aparecido denominaciones como ‘literatura para la infancia’, ‘para la juventud’, ‘infantil’ o ‘juvenil’, ‘literatura de los niños’ o ‘de la infancia’ o, la más compleja, ‘literatura para la infancia y la juventud’ o ‘para la infancia y la adolescencia’ (Nobile, 1992, 45). Subraya Nobile la dificultad de estas denominaciones en lo que toca a las edades como punto de partida, ya que se vuelve problemático establecer hasta dónde va una etapa y dónde empieza la siguiente, y argumenta que no sólo se trataría de la literatura que los adultos escriben para los niños de determinadas edades establecidas rigurosamente, sino de la literatura que los mismos niños deciden que es conveniente para ellos de acuerdo con los temas, los problemas y los tratamientos del lenguaje que se hacen en las obras. Propone que se asuma como literatura en este ámbito de “edad evolutiva” –citando a Bernardinis– “todo lo que ha sido y es oído y leído por los niños y jóvenes... todo lo que ha sido y es narrado expresamente para ser oído y leído por los niños y jóvenes como interlocutores activos” (Nobile, 1992, 47).

Gianni Rodari (2004), autor clásico en el terreno de la promoción de la lectura y la escritura literarias, afirmaba en la década del ochenta que para él “hay dos clases de niños que leen: los que lo hacen para la escuela, porque leer es su ejercicio, su deber, su trabajo [...] y los que leen para ellos mismos, por gusto, para satisfacer una necesidad personal de información o para poner en acción su imaginación” (Rodari, 1987). Según Rodari, la literatura infantil ha sido, por lo menos en sus inicios (siglos xvii y xviii),

sierva de la pedagogía y la didáctica, vehículo de la ideología de las clases dominantes y se ha dirigido, fundamentalmente, al niño escolar, un niño “artificial” y no precisamente un niño lector, autónomo y curioso como hoy lo concebimos. Para ese niño –decía Rodari– se requerían unos libros determinados “que le enseñaran las virtudes indispensables para las clases subordinadas; la obediencia, la laboriosidad, la frugalidad, el ahorro”. (Rodari, 1987).

El contexto colombiano

En el contexto colombiano son muchos los problemas, además de los ya citados anteriormente que, de acuerdo con algunos autores representativos, han existido y han impedido el fortalecimiento de una literatura infantil, particularmente. En una indagación de la *Revista latinoamericana de literatura infantil y juvenil* (N.º 3, enero-junio de 1996), cuyo objetivo fue acercarse a la problemática de la creación y edición de la literatura infantil en Colombia, se presentan interesantes y críticas posturas de autores, editores, críticos y estudiosos de la literatura infantil. A continuación se sintetizan algunas de ellas:

Silvia Castrillón, reconocida bibliotecóloga, promotora del libro infantil y juvenil, creadora de importantes colecciones e instituciones para el fomento de la lectura, opina que no puede hablarse de una literatura infantil en Colombia sino de la existencia de autores aislados sin mayor trayectoria ni obra. Quizá esto sea causado, según ella, porque en Colombia producir libros para un público lector infantil o juvenil ha sido, fundamentalmente, un buen negocio, pero no se ha consolidado un ambiente propicio para emprender aventuras creativas serias y, por tanto, nuestra literatura infantil está en un gran aislamiento. Considera que la literatura es machista y autoritarista ya que se ha puesto al servicio de la pedagogía y no concibe al niño como un verdadero lector. Además, dice que nuestra literatura está desbalanceada en lo que concierne a los géneros, pues de ella han estado ausentes sobre todo la poesía y el género dramático. Los premios, según ella, han sido también un problema porque muchos autores escriben para los jurados y no para los lectores niños y jóvenes.

Gloria María Rodríguez, reconocida en el ámbito de las bibliotecas públicas, opina como Silvia Castrillón que en Colombia aún no se puede hablar de una literatura infantil y juvenil pues, según ella, una literatura

“necesita lectores para existir y desarrollarse [...]” (6) y nuestros niños tienen una relación muy problemática con los libros y la lectura. Otro asunto que ella considera es que los temas de las obras han sido principalmente retomados de las tradiciones orales y no se han construido historias de valor fuertemente literario, sino en el caso de unos pocos autores. Igual que Silvia Castrillón, señala la ausencia de la poesía y el teatro y advierte que en la narrativa ha existido una “falta de capacidad para estructurar una trama y desarrollar conflictos sólidos [...]” (7). Sitúa como problemático el hecho de que no hayan existido editoriales comprometidas con la publicación de libros con buena calidad literaria, razón que, a su vez, desmotiva a los escritores. En relación con los concursos, opina que han sido importantes para promover la escritura pero, en muchos sentidos, han desviado el objetivo de la literatura como producción artística, específicamente. Además, manifiesta que en Colombia no hemos tenido una crítica sistemática de la literatura infantil que haya logrado aportar a los diferentes procesos de la creación, la edición, la difusión y la lectura de los libros.

En su calidad de profesor, editor y crítico, Conrado Zuluaga cree por su parte que sí se ha dado este despliegue en la literatura infantil colombiana, sobre todo a finales del siglo xx. Le preocupa a Zuluaga que este florecimiento haya estado ligado a los premios, ya que ello no ha garantizado una verdadera continuidad en la tarea de los escritores y muchos de ellos han llegado a ser “flores de un día...” (8). Es el único en señalar, enfáticamente, que el primer problema de las obras para público infantil en Colombia es el contenido, y lo explica por la tendencia a creer que escribir para niños significa pensar en una función social, educativa, política, moral, ética o ecológica. Esto se traduce, de acuerdo con su opinión, en que se seleccionan temas demasiado “dulces y almibarados” y no se les muestra a los niños el lado “feo” de la vida. Además, a esto se suma que los autores no escriben con alta calidad literaria y que los editores han sido arrogantes y no han contribuido, en verdad, a construir una buena labor en los escritores, a través de sus apreciaciones y sanos consejos.

Al contrario de los anteriores, Beatriz Helena Robledo, reconocida estudiosa de la literatura infantil colombiana, afirma que “ya contamos con un cuerpo de obras que se puede llamar literatura infantil colombiana [...]” (10), pero que hace falta difusión, y que después del 70 se ha generado una escritura conscientemente dirigida a los niños. Considera que “un escritor de libros para niños antes que todo debe ser un escritor en el sentido cultural

y existencial del término [...]” (10). Apunta, igualmente, que hay ausencia de crítica y agrega que hace falta investigación de carácter histórico.

Es coincidente y reiterativo, por parte de los investigadores reseñados, el citar a algunos escritores que, según los referentes consultados, son los más evidentes integrantes de ese selecto grupo de autores de la literatura Colombiana. Algunos de ellos son: Jairo Aníbal Niño (q.e.p.d), Triunfo Arciniegas, Luis Darío Bernal Pinilla, Gloria Cecilia Díaz, Ivar Da Coll, Irene Vasco, Pilar Lozano, Celso Román, Gonzalo España, Hugo Niño y Yolanda Reyes, entre otros.

Yolanda Reyes, autora de literatura infantil y estudiosa de la problemática, también fue consultada. En primera instancia Reyes se pregunta –en el contexto de la globalización– por la utilidad o la razón de ser de la nacionalidad. Considera que para los niños –como para muchos adultos– es muy difícil establecer su colombianidad a partir de los personajes de su literatura, pues no son muy reconocibles en el panorama de los libros escritos en el país. Según ella, se escriben muchos textos para concursos de literatura infantil, pero no para construir buena literatura en la que se identifique al público lector con sus imaginarios. En síntesis, señala que “[...] debemos ser más críticos con lo que hasta ahora hemos acordado en llamar literatura infantil” (14).

Con todos los problemas enunciados, y a pesar de las nuevas y variadas propuestas creativas que en los últimos años han aparecido, se hace evidente que es preciso asumir la literatura infantil como una construcción cultural permanente. Por esta razón, es muy importante exaltar el papel que en el desarrollo de la misma desempeñan quienes trabajan directa o indirectamente en torno a la infancia, a la escritura creativa, a la edición de libros, a la crítica literaria, a la investigación, a la enseñanza y a la divulgación, pues su constante esfuerzo incide, de manera radical, en que estas nuevas perspectivas teóricas puedan materializarse en un fenómeno literario de mayor impacto en nuestra cultura.

Algunas consideraciones sobre periodización de la literatura infantil y juvenil

Partimos de la afirmación de que los estudios sobre literatura infantil y juvenil en Colombia son muy recientes, iniciaron en el siglo xx. Sus orientaciones, en principio, partieron de la identificación del niño y el joven como

sujetos caracterizables desde presupuestos psicológicos y pedagógicos. La producción literaria, sin embargo, puede rastrearse de manera evidente, mucho antes. Según algunos autores es posible hacer rastreos que involucren creaciones correspondientes a períodos anteriores a la Independencia.² No obstante el acopio antológico de obras y autores, de un modo sistemático, es más reciente, lo situamos asimismo en el siglo xx, esto si asumimos un interés permanente por recopilar obras y por exaltar autores.

Los últimos cuarenta años han sido los más prolíferos para situar y abordar la literatura infantil y juvenil. Sin embargo en el contexto de los estudios literarios, esta categoría, siempre ha aparecido de manera marginal, siendo más ampliamente situada desde intereses pedagógicos y didácticos. En la “historia oficial” de la literatura colombiana dicho concepto no ha tenido lugar. Lo cual no implica que no se hayan hecho aproximaciones en torno a una historia de la literatura infantil y juvenil. Pero tales reflexiones no han compartido espacio en los textos que han situado y presentado la historia de la literatura colombiana.

De tal forma, la literatura infantil y juvenil en Colombia, aparece como un tipo de producción marginal, siéndolo también su estudio. El hecho de ser un producto esencialmente elaborado por adultos, consciente o inconscientemente dirigido a los niños y jóvenes, ha desempeñado un papel importante en este proceso en tanto que, durante mucho tiempo y en varios autores, el criterio de producción y selección de las obras se mantuvo en el reconocimiento de un carácter pedagógico y moral. Niños y jóvenes no aparecen como sujetos y receptores autónomos en sus gustos, en este caso literarios, por ser considerados sujetos en formación.

La literatura Infantil y juvenil como producción marginal

Las primeras referencias que aluden a producciones literarias infantiles y juveniles suelen relegarse al espacio de las remembranzas que autores hacen de su infancia en textos poéticos o narrativos, en otros casos se ha hecho evidente la elección de obras en las cuales el receptor niño o joven aparece de manera clara y evidente en el libro. Se ha tenido en cuenta como criterio de selección las particularidades recursivas del lenguaje, en

² Véase a Robledo, Beatriz Helena. Antología: los mejores relatos infantiles. En: Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango, donde se realiza una aproximación a la literatura infantil la cual parte de la tradición oral.

general se ha buscado un lenguaje “sencillo” y “claro” en las obras. Más recientemente se ha atendido al impacto que han tenido algunas obras o textos, que no han sido inicialmente considerados para niños, en la recepción infantil y juvenil.

Cuando se sitúan las obras en un plano histórico se han hecho propuestas que atienden la ubicación temporal diacrónica de los autores y se los ha mencionado en producciones ubicadas sucesivamente. Otras propuestas parten de una organización por el género al cual se adscribe la obra. Finalmente se han utilizado algunos criterios a partir de los cuales las historias “oficiales” de la literatura colombiana han ordenado las obras literarias. Esto es, teniendo en cuenta términos tomados de la disciplina de la Historia para realizar una periodización de la literatura; así pueden encontrarse expresiones como literatura de la Conquista, de la Colonia, de la Independencia, de la República; también términos provenientes de tendencias culturales como el Barroco, la Vanguardia, el Costumbrismo, el Romancero, el Modernismo, entre otros. En este sentido no ha existido una orientación clara y constante en términos de la historiografía literaria para considerar, cuestionar, proponer o discutir una periodización de la literatura infantil y juvenil.

Nosotros partimos entonces de la consideración de que la literatura infantil y juvenil colombiana ha surgido como un tipo de producción literaria y cultural de orden marginal. Hablamos de una literatura menor, en el sentido foucaultiano del término, para identificar una producción no canónica. Reconocida bajo esta condición, este tipo de literatura no ha hecho parte de la “Literatura Colombiana” en mayúsculas. Por eso se han desarrollado muy pocos acercamientos de orden histórico, teórico y crítico. Aunque hay muy buenos productos de compilación, antologías, de obras y autores muy útiles para el reconocimiento y estudio de obras, géneros y otros aspectos que aún están por realizarse.

Con lo dicho hasta ahora, hacemos manifiesto el interés por una idea de periodización literaria que vaya más allá de la consideración de una localización de la literatura infantil y juvenil colombiana solamente como el reconocimiento de un compendio de obras y autores situados en un orden cronológico, a partir del cual la periodización aparece como una herramienta de ordenación y de localización de algunos eventos sociohistóricos que rodean la producción de las obras y de la biografía de los autores.

Un producto cultural de orden sistémico

Queremos resaltar que abordar este tipo de literatura hoy pasa por tener en cuenta el cuestionamiento de literatura como un producto cultural, una forma discursiva que entra en interacción semiótica con otros lenguajes (verbales y no verbales) y otras formas discursivas. En tal sentido, la literatura puede concebirse como un producto sociocultural que se extiende e impacta a partir de su función social y comunicativa.

En consecuencia importa aludir a la función social de la literatura desde el contexto colombiano y latinoamericano, siguiendo el llamado de autores como Rafael Gutiérrez Girardot (1986), quien reclamaba para una historia de la literatura latinoamericana tener en cuenta el marco social que posibilita el surgimiento de una determinada literatura.

En el caso de la literatura infantil y juvenil tendríamos que cuestionarnos por su exclusión e identificación como producción de poca importancia en el ámbito de la historia de la literatura colombiana.

Sobre este aspecto llama la atención el impacto receptor y la producción crítica en torno a la valoración de la obra de un mismo autor en diferentes épocas. Para aportar sólo un ejemplo citamos la mención que hace Rafael Maya sobre Rafael Pombo:

Existe un vasto sector de la obra de Pombo consagrada a los niños. Algunos han exagerado el valor literario de esas encantadoras fábulas, que son simples adaptaciones castellanas, que el poeta realizó magistralmente como un simple arbitrio económico, pero ignorando, sin duda, el enorme éxito que iban a alcanzar, y la profunda influencia pedagógica que de ellas debería desprenderse (1982, 223).

Mientras que Beatriz Helena Robledo se refiere a la obra del autor antes mencionado de la siguiente forma: “Pombo renueva la fábula en nuestro país, no sólo al adaptarla a un lenguaje más sencillo y propio de la infancia, sino que recrea motivos y personajes”.³

Nos preguntamos qué elementos sociohistóricos y culturales alientan la valoración de la obra de Pombo que facilitan su éxito editorial, tan tími-

3 Cita tomada del Prólogo de la obra *Antología: los mejores relatos infantiles de Beatriz Helena Robledo*. En: Biblioteca virtual Luis Ángel Arango. Entrada realizada el 22 de septiembre de 2010.

damente reconocido por Maya, y cuál es su aporte a la literatura infantil, siguiendo la caracterización que hace Robledo de la obra de Pombo al indicar una renovación a partir del “lenguaje sencillo y propio de la infancia”. Y en este sentido ¿tiene la literatura infantil un lenguaje propio o particular que pueda ser caracterizador de un tipo literario? ¿En qué medida tiene relación esta forma de lenguaje con los géneros literarios? ¿Genera en ellos algún tipo de impacto?

Estas son preguntas que podemos situar en un espacio mucho más amplio que la identificación de una periodización ordenadora e identificadora de obras y autores. Nos referimos a un espacio en el cual importa la producción, distribución y recepción de las obras, teniendo en cuenta las implicaciones del mercado, así como la caracterización de las particularidades semióticas y discursivas de un lenguaje constituyente de una forma discursiva particular que podemos llamar literatura infantil y literatura juvenil.

Creemos necesaria una propuesta de orden sistémico que permita abordar las obras infantiles y juveniles como formas discursivas susceptibles de entrar en relación con otros lenguajes, formas discursivas y medios de comunicación (Borja, 2008). Para el caso de esta literatura es necesaria una revisión teniendo en cuenta la incidencia de lenguajes como el de las artes plásticas mediante la ilustración, la fotografía, la pintura; el de la música debido a las adaptaciones musicales o a las articulaciones audiovisuales y a las adaptaciones cinematográficas; la incidencia de medios como el cine, la radio, la televisión, el comic, la prensa, entre otros, y de la influencia de nuevas tecnologías, que han dado origen al hipertexto y a los juegos electrónicos.

Para el caso de esta literatura, desde el siglo xx nos preguntamos si estamos bajo parámetros que identifican una “alta cultura” infantil y juvenil o clásica y una literatura caracterizada como de “baja cultura” o de la cultura popular llamada subliteratura, paraliteratura o literatura de masas, ello en relación directa con el contexto literario colombiano. Nos preguntamos además de qué manera los medios, los lenguajes y las nuevas tecnologías han influido el imaginario y las representaciones de los autores que producen literatura infantil y juvenil en el tejido de la historia de esta literatura, situados en el contexto colombiano.

El niño y el joven lector

Con todo esto, nos parece pertinente también indagar por el lector niño y joven que hemos tenido y que tenemos en nuestro contexto como un elemento importante para tener en cuenta en una historia de la literatura infantil y juvenil. Para el caso actual, compartimos la idea de Luis Bernardo Peña (2002), quien afirma que:

Las nuevas tecnologías están cambiando la fisonomía del público lector. Además de lectores de libros hay ahora lectores de lenguajes virtuales, lectores de imágenes diagnósticas, lectores de hipertextos, de videojuegos, de pantallas. Aparece un nuevo tipo de lector, un lector polivalente, capaz de moverse por todas estas lecturas [...] Surgen, así mismo lectores que antes permanecían marginados de la lectura, por su condición de analfabetos, es decir, por no tener acceso al código escrito. El lenguaje audiovisual les ha permitido a estas personas, no solamente tener acceso a expresiones de la cultura que antes estaban reservadas para una élite, sino compartir nuevas sensibilidades, nuevos relatos y formas de sociabilidad (115).

Es pertinente para nuestro contexto plantearnos la relación entre este tipo de literatura y los procesos de formación del niño y el joven lector, de tal manera que nos permita explicar los criterios a partir de los cuales creamos una literatura para niños y jóvenes, elegimos la literatura que deben leer o asumimos una literatura apropiada por ellos aunque sin el rótulo de ser infantil o juvenil. Sin olvidar que sobre el gusto lector de nuestros niños y jóvenes hoy, por ejemplo, operan grandes maquinarias de consumo, promovidas por las industrias culturales, que dirigen campañas alucinantes para hacerlos consumidores permanentes. Como indica Brée (1995), la actual sociedad puede identificarse como sociedad del ocio en la cual niños y jóvenes han sido incluidos como clientes. En tal sentido, dice el autor “crecer es consumir”.

Literatura infantil y juvenil en Colombia: fuera del canon

Espacios de un no-lugar

Es de por sí polémica y compleja la discusión en torno a lo canónico en la literatura colombiana y ya está situado en esta ponencia cuál es, según

nuestra perspectiva, el *no-lugar* que, en este contexto, tienen la literatura infantil y juvenil.

El interés de los investigadores, dentro y fuera de la Academia, ha ubicado la revisión y discusión del canon de la literatura nacional como un imperativo de los estudios contemporáneos en el campo. De hecho, importantes iniciativas vienen desarrollándose en este sentido en las universidades de diferentes regiones de Colombia, a partir de un indispensable primer paso: la constitución del corpus que haga posible, mediante el acceso a las obras, la generación de necesarias relecturas, así como de lecturas inéditas que faciliten la visibilización tanto de autores y como de textos.

La indagación en fuentes como la prensa nacional, el rescate de las ediciones locales de obras; la reconstrucción de circuitos de circulación y el consecuente análisis de las circunstancias de inclusiones y exclusiones harán posible, si el trabajo en este sentido es constante y minucioso (acciones que muchas veces dependen de la financiación, tanto como del interés de los investigadores), que el país se relacione de otras maneras con su literatura e igualmente que se fomente el ejercicio de la crítica literaria como campo, no sólo interdisciplinario, sino también creativo.

El estado de la cuestión en lo referente al canon de la literatura nacional propicia en estos momentos que sea tan factible como pertinente revisar (con fines de inclusión) lo que ha venido ocurriendo en los planos creativo y crítico en torno a la literatura infantil en Colombia; tal es una de las preocupaciones del grupo de investigación Literatura Educación y Comunicación, LEC, de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá.

Ahora bien, ya se plantearon en esta ponencia tres problemas fundamentales en los que es necesario reiterar, relacionados con la literatura infantil, sus condiciones de creación y su estudio en Colombia: 1) cuenta a su haber con pocos autores, una tradición fracturada—o inexistente, al decir de algunos investigadores— y un carácter marginal en el contexto de los estudios sobre la literatura nacional; 2) se la ha caracterizado como un medio portador de tendencias didactizantes y moralizantes, hecho que aleja al texto literario infantil de sus destinatarios y lo convierte en un “insumo escolar”, la mayoría de las veces incorporado al libro de texto. Su lectura, por tanto, implica una recepción condicionada e inducida; y 3) los dos aspectos anteriores han generado expresiones marginales y marginadas, así como la consiguiente y

sistemática exclusión de lo literario infantil de los intereses de los estudios literarios. Las contadas iniciativas que en este sentido han fructificado están dispersas y, muchas de ellas inéditas.

Beatriz Helena Robledo (1997), especialista en el tema, citada ya en varias ocasiones en este texto, resumía la situación en los siguientes términos:

En Colombia buena parte de la literatura infantil duerme hoy el sueño del olvido. La producción literaria de casi un siglo resulta prácticamente desconocida no sólo para las generaciones actuales, sino para la memoria histórica. En Colombia no se ha escrito aún una historia de la literatura infantil y los autores que produjeron su obra en las primeras décadas del siglo xx nunca más volvieron a editarse y, por supuesto, tampoco a leerse. Esta curiosa amnesia literaria quizá sea uno de los motivos por los cuales la literatura infantil colombiana no logra insertarse definitivamente en la corriente cultural y oscila entre las intenciones didácticas, pedagógicas y moralistas, un inestable mercado editorial y una incipiente legitimación en los círculos académicos, intelectuales y culturales.⁴

Cabe señalar que trece años después de la denuncia que hace Robledo en su *Panorama de la literatura infantil en Colombia*, la historia de la literatura infantil en nuestro país aún no se ha escrito. La vigencia del referente, así como el *statu quo* de la literatura infantil en el país, son casi absolutos.

Por ello resulta importante investigar qué ha ocurrido con la literatura infantil y juvenil en la constitución de un canon de la literatura colombiana y de qué modos se ha considerado o no su existencia, hecho ligado—como se expresó ya— a las concepciones de infancias y juventudes que han emergido y se han consolidado en el país en las dos últimas décadas, indagándose y documentándose el tema, sobre todo, desde el ámbito de las ciencias sociales y humanas, concretamente desde la pedagogía, la sociología, la antropología, los estudios culturales, e incluso el derecho.⁵ Asimismo conviene, en este contexto, establecer cuáles son los criterios que han animado la promoción de autores, la edición de obras dirigidas a niños y jóvenes, así como sus niveles y espacios de circulación.

4 Robledo, Beatriz Helena (1997). *Panorama de la literatura infantil en Colombia*. Cincuenta libros sin cuenta N° 1, Bogotá.

5 No hay que perder de vista que la Ley de Infancia y Adolescencia (N.º 1098), de reciente expedición en el país (8 de noviembre de 2006), actualiza la discusión en torno a las concepciones de infancia y juventud que han predominado en el ámbito colombiano.

Canon y Academia

Ahora bien, si se trata de asumir postura frente al tema de la enseñanza de la literatura y el lugar de la Academia en la revisión y recomposición del canon de la literatura nacional (y claramente no es posible sustraerse a este debate, sobre todo teniendo en cuenta que la Academia es uno de los espacios por excelencia de creación y circulación del texto literario), hay que señalar que, más que una didáctica de la oralidad y de la escritura, este proceso debe entenderse como una pedagogía de la imaginación y de la poética, dado que el lenguaje las configura, a medida que genera las formas de la irrealidad en que se halla inmersa la conciencia; en tanto permite inventar otras formas nuevas (¡néditas!), reinventar las ya existentes y multiplicar los territorios que determinan el campo de la inteligencia humana.

La literatura constituye un espacio privilegiado para cultivar el saber integral crítico y creativo sobre las relaciones que el ser humano establece dentro de sí y con su contexto, referenciándose en un tiempo y en un espacio determinados. Por esta razón, Jerome Bruner (1996: 10), quien a pesar de ser, no sólo un científico, sino el responsable de la denominada revolución cognitiva de finales del siglo xx, cree que la superación y formación del individuo y de la sociedad no tienen como base la ciencia y la tecnología, sino las humanidades y, dentro de éstas, la literatura:

Con frecuencia se habla de cómo mejorar la educación en Estados Unidos. Y ¿qué se dice?: oigo la palabra matemáticas, la palabra ciencia y también algo de alfabetización y de cómo aprender a escribir una carta correctamente. Y así, creen algunos que mejoraría la productividad industrial estadounidense. Sin embargo, las personas también viven sus vidas de forma interiorizada, y quiero defender la idea de que es mucho más pobre vivir en nuestro mundo moderno si no has leído a James Joyce, o la poesía de Octavio Paz o las novelas de Carlos Fuentes.

En resumen, establecer para la educación un espacio afectivo y efectivo desde la literatura consiste en entender la imaginación como el dispositivo de todo conocimiento y saber posible, llevando la relación lógica e instrumental entre lo real y lo imaginario, hacia lo lúdico y lo creativo, hacia lo amable y lo digno. Los programas de formación en literatura deberían, en consecuencia, ser concebidos como una búsqueda interdisciplinaria desde los lenguajes que le son propios a ella, desde los imaginarios culturales

comunicativos en los que está inmersa y desde la perspectiva que le aporta la investigación a esta búsqueda, cuyo carácter es permanente. Lo canónico, visto de este modo, sería flexible e inclusivo, en una palabra: vital.

Para el caso particular del estudio de la literatura infantil y juvenil en Colombia y de su vinculación al canon o a las perspectivas que puedan animarlo, proponemos que se tengan en cuenta, además del necesario y riguroso ejercicio de rastreo, recuperación y compilación de fuentes, los siguientes aspectos:

- Considerar la infancia y la juventud desde una perspectiva simbólica, textual y discursiva, facilitando su comprensión y explicación, en interacción con las realidades sociales en los niveles de narración, significación, comunicación e interpretación (contextos).
- Sensibilizar a las comunidades con respecto a la valoración de las múltiples manifestaciones infantiles de la cultura y los medios de comunicación masiva.
- Innovar los contenidos y formas de lo educativo-pedagógico con el fin de asumir la enseñanza y el aprendizaje de la literatura en los espacios académicos como actos en verdad significativos que rebasen los muros institucionales y aborden también las esferas ética y estética, desde lo literario, hacia afuera, es decir, desde los mundos posibles hacia los mundos reales.
- Propiciar una indagación permanente, manifiesta en proyectos de investigación que también constituyan proyectos de vida.

Hay que reconocer que hoy el hábito de la percepción y el disfrute de la literatura infantil y juvenil en sus dimensiones creativa e imaginaria y, en particular, por la lectura de ficción, están en cuestión. La sensibilidad como capacidad de asombro, la imaginación como energía integradora de los múltiples lenguajes que circulan entre nosotros, son los elementos esenciales para retomar el texto literario hacia senderos abiertos a una nueva cultura. Quizá una mirada como ésta nos exija entender *la infancia* como espacio vital y supratemporal del ser humano; asumirla por fuera de las “etapas del desarrollo biológico” (Ferrer, 2006, 172-185) y ligarla fuertemente a la ensoñación, a la añoranza, a los espacios de vida (la casa o el apartamento, el patio o el parque, la callejuela o la avenida, el pueblo o la ciudad) y, sobre todo, a las personas, voces y presencias ancestrales que subsisten en la memoria adulta, para garantizar la existencia y la permanencia de esa posibilidad que nos ofrecen la imaginación y la vida.

Bibliografía

- Alonso Galeano, Arturo. *Lenguaje, literatura y escuela*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Centro de Investigaciones y Desarrollo Científico, 2008.
- Borja, Mirian. *Literatura y Medios de comunicación masiva en la lectura para niños y jóvenes* (Libro en prensa), 2010.
- Brée, Joel. Los niños, el consumo y el marketing. Barcelona, Paidós, 1995.
- Bruner, Jerome. “Pasión por renovar el conocimiento. Entrevista”, en: *Cuadernos de pedagogía*, 1996, N.º 243.
- Cardenas Paez, Alfonso. *Elementos para una pedagogía de la literatura*. Bogotá: Universidad pedagógica Nacional, 2004.
- Cervera, Juan. Teoría de la literatura infantil. Bilbao: Ed. Mensajero, 1991.
- Colomer, Teresa. *Introducción a la literatura infantil y juvenil*. Madrid: Síntesis, 1999.
- Ferrer Franco, Yury. “Espacio-tiempo vital recuperado: los textos infantiles de Fanny Buitrago”, en: *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, N.º 2, Universidad del Atlántico, Centro de Estudio e Investigaciones Literarias del Caribe, Ceilika. 2006.
- Figuroa, Rafael Cristo. “Crítica, literatura y Pedagogía”, en: *Escritores, profesores y literatura*. Primer Foro internacional de reflexión UNEDA para creadores y profesores de literatura. Bogotá: Ed. Plaza y Janés; Universidad Nal.; U. Javeriana; U. Colegio Mayor de Cundinamarca, 2001.
- Gutiérrez, Rafael. *Aproximaciones*. Ensayos. Bogotá, Procultura, 1986.
- Maya, Rafael. *Obra crítica*, Bogotá, Banco de la República, 1982.
- Montes, Graciela. “Scherezada o la construcción de la libertad”, en: *La frontera indómita*. México: F.C.E., 1999.
- Mukarowsky, Jan. El arte como hecho signico. En: Signo, función y valor. Estética y semiótica del arte. Bogotá: Universidad Nacional, 2000.
- Nobile, Ángelo. *Literatura infantil y juvenil*. Madrid: ediciones Morata, 1992.
- Peña, Luis Bernardo. La lectura en contexto. Teorías, experiencias y propuestas de lectura en Colombia. Bogotá, MEN-ICFES, 2002.
- Revista latinoamericana de literatura infantil y juvenil. N.º 3, enero-junio de 1996, Bogotá.
- Reyes, Alfonso. “Apolo, o de la literatura”, en: *La experiencia literaria*. México: F. C. E., 1983.
- Robledo, Beatriz Helena. *Panorama de la literatura infantil en Colombia. Cincuenta libros sin cuenta*, N.º 1, Bogotá, 1997.
- _____. “El niño en la literatura infantil colombiana”, en: Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2004.
- _____. “Antología: los mejores relatos infantiles”, en: Biblioteca virtual Luis Ángel Arango [Consultado 22.sep.2010].

- Rodari, Gianni. “La imaginación en la literatura infantil”, en: *Revista perspectiva escolar*, N.º 43, 2004.
- Vargas Llosa, Mario. *La verdad de las mentiras*. Madrid: Alfaguara, 1986.